Breve historia de Atila y los hunos

Ana Martos

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de Atila y los hunos
Autor: © Ana Martos Rubio

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio

Diseño del interior de la colección: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9967-016-4
Fecha de edición: Enero 2011

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Fareso
Depósito legal:

Índice

Introducción 11

Capítulo 1: En las estepas del Asia Central 15
La vida a caballo 17
¿Eran turcos o mongoles? 20
Los pueblos en movimiento 24
Y Oriente se arrojó sobre Occidente 27
Historia y leyenda 30

Capítulo 2: En los imperios asiáticos 35
Ante la Gran Muralla 35
En la ruta de la seda 40
En la China de los Han 43
Los hunos blancos 50
En la Persia de los sasánidas 55
En la India de los guptas 60
En la India de los heftalíes 64

Capítulo 3: En las fronteras del Imperio romano .. 69
De la paz romana a la
paz romano-germánica 73

El Imperio dividido 76
El mundo se estremece 85
Junto al río Siret 97
En el Danubio 103
A las puertas de Constantinopla 112

Capítulo 4: En Panonia 117
Jinetes antropófagos de rostro inhumano .. 120
El gigante pelirrojo 131
La caída de Roma 137
Ha muerto el diablo 149
Un futuro patricio romano 151
El enano Zercone 154
La espada de Marak 155
Atila y Bleda al frente del Imperio huno ... 157

Capítulo 5: En la corte de Atila 163
Un emperador beato y tembloroso 166
El pacto roto 168
Tránsfugas y traidores 179
Un diplomático en la corte de Atila 185
Retrato de un aspirante a patricio 192

Capítulo 6: En la Galia 197
Un sueño que se quiebra 197
Las amistades romanas 204
Una princesa para un bárbaro 208
Bajo los cascos de su caballo
no crecía la hierba 211
Una lucha fratricida 217

Capítulo 7: En Roma 221
El azote de Dios 221
La leyenda del Papa diplomático 228
La princesa burgundia 233
El tesoro de Atila 235
Los hijos de Atila 237

El último huno 243
Un emperador y un rey 245
El último de los romanos 247

Epílogo 249

Bibliografía..... 251

Introducción

No sabemos gran cosa sobre el origen de los hunos, un pueblo asiático que asoló y aterró durante mucho tiempo al mundo civilizado. Los autores no se han puesto de acuerdo acerca de su procedencia étnica, ya que algunos los consideran mongoles y, otros, turcos. Muchos historiadores los suponen descendientes de los xiongnu, una confederación de pueblos procedente de los montes Altai, que creó uno de los llamados imperios de las estepas en el siglo III a. C. y que, tras largo tiempo de espera, de asedio y de ataques, consiguió dominar la China de los Han.

Algunos historiadores están de acuerdo en que los hunos eran xiongnu oriundos del norte de Siberia, de raza mongoloide y lengua altaica. En una época difícil de determinar, descendieron hacia el sur abandonando la civilización del reno por la del caballo y cambiando el bosque por la estepa.

Tampoco se han puesto de acuerdo los historiadores sobre el salvajismo y barbarie de los hunos. Para algunos, como Amiano Marcelino, eran salvajes antes de abalanzarse sobre el mundo civilizado, supe-

raban en barbarie cuanto se pueda imaginar, vivían como animales y se alimentaban de carne cruda (las gentes llegaron a creer que comían carne humana). «Preguntad a esos hombres de dónde vienen y dónde han nacido», invita el historiador romano, «lo ignoran».

Pero para otros, los hunos no eran tan salvajes, sino que limitan esa conocida imagen de hordas a caballo y de ciudades saqueadas a las épocas de guerra o de grandes migraciones. El retrato que hizo Prisco de Atila y su gente no se parece en nada al de Amiano Marcelino. La corte de Atila contó con intelectuales romanos y, para el propio caudillo, no hubo mayor deseo en el mundo que llegar a ser ciudadano de Roma y lucir insignias, cosa que nunca consiguió. Las descripciones de un historiador romano de origen godo, Jordanes, son sin embargo similares a las de Amiano Marcelino y no a las de Prisco. Parece que Jordanes utilizó a Marcelino como fuente directa, ya que él no vivió la invasión huna.

La mayor parte del conocimiento que tenemos de los hunos nos ha llegado en los escritos de historiadores griegos y romanos, sobre todo, en las crónicas de Prisco de Panio, el embajador que el emperador Teodosio II envió a la corte de Atila, acompañando al embajador Maximino, donde vivió algún tiempo observando y escribiendo sobre las costumbres, los actos y hasta la vestimenta de los hunos del siglo V. Sabemos que el último emperador romano de Occidente, Rómulo Augusto, fue hijo de uno de los secretarios de Atila, el poeta romano Orestes.

Pero la historia de Atila no es la historia de los hunos. Atila fue el más célebre, el más conocido en Europa, pero no fue el único, aunque sí el último de ellos, porque, tras la muerte de su caudillo, aquel que hacía desaparecer la hierba bajo los cascos de su caballo, el Imperio huno se derrumbó, su poder, su feroci-

Roma se impuso durante siglos a los bárbaros que rodeaban sus fronteras, sometiéndolos y maravillándolos con su poder y su civilización. *Vercingetórix se rinde a Julio César*, de Lionel-Noël Royer (siglo XIX), Museo Crozatier, Le Puy-en-Velay, Francia.

dad y su fama se apagaron y su pueblo se disgregó hasta difuminarse en el tiempo y en la historia.

Pastores, nómadas, cazadores de historia incierta, terror apocalíptico para los pueblos establecidos pacíficamente junto a las fronteras de Roma, lo cierto es que fueron los hunos los responsables si no de la caída del Imperio romano, sí de su desaparición bajo las invasiones bárbaras, porque fueron ellos los que empujaron a los godos y los aterrorizaron hasta hacerlos caer sobre el Imperio y derribar el muro de respeto, temor y admiración que venía separando a los pueblos sin civilizar de la civilización.

Y, como responsables de la gran migración de pueblos que se volcaron sobre el Imperio romano, participaron también en la fundación de Europa, porque aquella migración que terminó con el Imperio romano de Occidente acabó por establecerse y fundar las naciones que hoy conocemos. El escritor italiano Cesare Balbo señala la caída del Imperio como el momento en que Italia se independizó de Roma.

1

En las estepas del Asia Central

Es inmensa la llanura que se extiende entre el Don y Mongolia, en las terribles estepas del Asia Central. Un paisaje monótono e infinito cuya apariencia sugiere desolación y barbarie, pero de cuya llanura ondulante de hierba y grano surgieron los tres imperios de las estepas: los xiongnu, los turcos y los mongoles. De allí procedió también el pueblo que hizo temblar al mundo civilizado: los hunos.

En las interminables estepas, el invierno es tan frío que la vida se detiene y todo se paraliza, mientras que la sequía estival es tan prolongada que en algunos puntos roe la estepa herbosa creando desiertos como el de Gobi.

Sin embargo, desde la Prehistoria hubo nómadas indoeuropeos trashumantes que recorrieron esas tierras apacentando sus ganados sin detenerse. Y surgieron pueblos que fundamentaron su cultura en el movimiento, en la búsqueda periódica de pastos para sus animales, pueblos que se alimentaron de carne de caballo y bebieron leche de yegua. Pueblos a los que los historiadores griegos y romanos despreci-

Los civilizados griegos y romanos llamaron bárbaros a los pueblos extranjeros cuyas costumbres y lengua les resultaban extrañas. Uno de los signos de salvajismo e incultura de los bárbaros fue el papel relevante que desempeñaron sus mujeres. *La muerte de Hervor*, de Peter Nicolai Arbo (siglo XIX), Museo Drammens, Noruega.

ron, denominándolos bárbaros y considerándolos salvajes porque tenían costumbres para ellos extrañas. Los pueblos agrícolas, sedentarios, siempre han temido a los nómadas, a los que no tienen patria ni asentamiento fijo, porque llegan con sus ganados y arrasan la tierra que ellos cultivan. Destruyen y se van a destruir a otro lado, a cualquier lugar en el que encuentren nuevos pastos para sus animales. Por eso, un día el agricultor mataría al pastor para acabar con la amenaza del nomadismo, al menos eso es lo que pudiera reflejar el mito de Caín y Abel. Pero no debieron ser tan bárbaros, porque mover muchedumbres y grandes masas de ganado de un lugar a otro supone el desarrollo de cierta tecnología, de cierta capacidad de caudillaje y de cierto dominio sobre el medio.

No eran tan salvajes porque hace más de cinco mil años que dieron un paso adelante en las comunicaciones, en los transportes y en el arte de la gue–rra: domesticaron al caballo, primero, como ganado de carne, seleccionando ejemplares para su cría, después, como animal de tracción y, más tarde, como montura.

La condición de la mujer en las sociedades bárbaras

La inferioridad y la sumisión de la mujer se consolidó probablemente con la civilización occidental, puesto que los civilizados griegos y romanos consideraban un signo de salvajismo e incultura el que algunos pueblos bárbaros, como los escitas, los etíopes o los britanos, otorgaran a sus mujeres un papel sobresaliente en la sociedad y admitieran caudillos militares e incluso gobernantes del sexo femenino. Heródoto relató la existencia de pueblos de mujeres guerreras que vivían en el Cáucaso o junto al mar Negro, las amazonas, que vivían a caballo, luchaban con denuedo y se comportaban como se supone que debían comportarse los hombres. Varios arqueólogos, entre ellos, Neal Ascherson, han dado la razón al historiador griego al encontrar numerosos vestigios de civilizaciones que florecieron junto al mar Negro y el mar de Azov, en las que las mujeres acaudillaban y gobernaban las tribus, acompañaban a sus maridos a cazar y recibían los mismos honores guerreros que los hombres. Se han hallado tumbas de mujeres guerreras rodeadas de todos sus pertrechos de guerra y de caza, incluso con esqueletos de hombres enterrados a sus pies. En cuanto al civilizado Egipto, las mujeres gozaron casi siempre de igualdad jurídica y social con los hombres. La trinidad egipcia incluía a una diosa, Isis.

La vida a caballo

Los pueblos de las estepas del Asia Central vivían a caballo, desplazándose en carromatos o cabalgando tras la caza en la paz o tras el enemigo en la guerra. Así vivieron los hunos y así vivieron los

mongoles, los turcos, los escitas, los sármatas y muchos otros.

Pero antes de convertirlo en uno de los primeros animales domésticos, muchos pueblos germanos consideraron sagrado al caballo y lo adornaron con valores místicos. Son numerosas las pinturas del Paleolítico que representan caballos, incluso en un lugar privilegiado de la gruta que sugiere adoración, como el Camarín de la cueva de San Román de Candamo, en Asturias. Siglos después de convertirse

El caballo domesticado

La revista *Science* publicó en marzo de 2009 la noticia de que el hombre domesticó al caballo en Asia Central hace 5.500 años, 2.000 años antes que en Europa, según nuevas pruebas halladas por un equipo internacional de arqueólogos en el norte de Kazajistán. El descubrimiento se debió a la presencia de fósforo en el suelo analizado dentro de lo que parecen ser vestigios de corrales para caballos junto a 54 chozas, en el yacimiento arqueológico de Krasnyi Yar, habitado por un pueblo de la cultura Botai.

El caballo aparece en el Paleolítico en pinturas rupestres, como animal apreciado y a veces sagrado, siendo su carne uno de los alimentos más importantes. También fue uno de los primeros animales domesticados. En el período diluvial abundaban en Europa caballos salvajes de pequeño tamaño, pero en la Edad del Bronce aparecen ya bocados y frenos. Los egipcios los debieron traer de Asia Menor y los utilizaron en la guerra, según pinturas de la 18 dinastía en las que el caballo aparece no como montura sino para tracción de carros guerreros.

En vasijas de cerámica de la cultura Botai, al norte de Kazajistán, se han encontrado restos de grasa procedentes de leche de yegua, en un yacimiento arqueológico datado en 5.500 años.

al cristianismo, los francos continuaron celebrando su particular eucaristía a base de caldo de caballo; los chinos montaron a caballo desde 2155 a. C.; fue un animal muy importante para los escitas y los partos, que invadieron el mar Negro, y también para los kirguises y los ávaros, cuya tradición les hacía descender de un dios emparejado con una yegua.

La cultura Botai, que se desarrolló en las estepas de Kazajistán hace entre 5.700 y 5.100 años, utilizó caballos como medio de transporte y también para obtener leche. Lo sabemos por el análisis de vasijas de cerámica encontradas en el yacimiento de Krasnyi Yar que conservan restos de grasa procedentes de leche de yegua.

¿Eran turcos o mongoles?

En el siglo II a. C. que es cuando aparecieron dos pueblos con rasgos mongoles junto a la frontera china, las lenguas turcas y mongolas no estaban todavía diferenciadas y, por eso, unos autores tienen a los hunos por mongoles y, otros, por turcos.

Siglos atrás, grupos de tártaros, manchúes y rusos se habían establecido al sur de los bosques de Siberia, en una franja de praderas y estepas de gramíneas que se mantienen verdes todo el año. La fertilidad del terreno los convirtió en sedentarios dedicados a la agricultura.

Pero otros pueblos, turcos y mongoles, se situaron más al sur, en tierras de clima continental, donde escasean las lluvias, sopla un viento implacable y la vegetación es un paraíso para animales herbívoros. Turcos, mongoles y tibetanos se repartieron el enorme espacio árido que abarca el norte del Tíbet, la cuenca del río Tarim y Mongolia, entre verdaderos desiertos de arena y áridas llanuras junto al mar de

Aral y el mar Caspio. La dureza del clima y los cambios estacionales del terreno los condenaron al nomadismo.

Los orígenes prehistóricos de ambos grupos parecen hallarse al sur de la zona boscosa siberiana, donde se encontraron numerosos sepulcros pertenecientes a varias fases cronológicas que abarcan desde el inicio de la Edad del Bronce hasta el siglo XIII.

Ambos pueblos presentaban rasgos mongólicos, más acentuados en el grupo más oriental y menos en las zonas del Turquestán, desde el Caspio a la frontera china, donde parece que predominaron los grupos de procedencia turca.

Los chinos los rechazaron y persiguieron hasta el mar Caspio, donde se dividieron en dos grandes ramas. Los hunos blancos, llamados también heftalíes por los historiadores bizantinos (los indios los llamaron hunas, que es el vocablo sánscrito equivalente), conquistaron la India ya en el siglo V de nuestra era. En cuanto a los llamados hunos negros, se mezclaron con germanos, eslavos y fineses y se lanzaron, con Rugila a la cabeza, a conquistar Europa.

Las primeras tribus de la estepa oriental eran, por tanto, turco-mongolas. Al occidente del actual Kazajistán, donde se domesticaron los primeros caballos, se destacó un pueblo de lengua altaica, procedente de las regiones del Altai, al que los chinos llamaron xiongnu y que, en el siglo III a. C., creó un imperio en la estepa que se extendió hasta el Cáucaso[1].

[1] El concepto de imperio se podría discutir. Si se acepta que procede del latín *imperium*, su significado es dominio o autoridad absoluta. Karen Farrington señala que las ciencias políticas del siglo XX lo definieron como un modelo de estado que coloniza a otros para su beneficio económico y para su administración política y cultural.

Los montes Altai, de donde procedían los xiongnu, posibles antecesores de los hunos.

Siglos atrás, los xiongnu habían arrancado la hegemonía a aquellos nómadas indoeuropeos que vimos recorriendo las estepas del Asia Central. Los xiongnu eran paleoasiáticos y hablaban una lengua afín al ostiaco que en nuestros días se emplea en la cuenca del Yeniséi, en Siberia.

Sin embargo, los xiongnu no eran una única tribu o grupo étnico, sino una federación de grupos de diferente procedencia. Cuenta el historiador francés Jacques Pirenne que, hacia el siglo I, estas tribus se desmembraron y se dispersaron por la estepa donde los clanes turco-mongoles los dominaron, pasando algunos a servir a los emperadores chinos. Procedieran de donde procedieran, las tribus confederadas de los xiongnu tenían en común el género de vida. Eran pastores que seguían a sus rebaños de caballos, bueyes, carneros y camellos en sus desplazamientos, ya que de ellos obtenían todos los recursos para vivir. Carne para comer, que era su dieta exclusiva, leche para beber y pieles para vestir. Vivían a caballo y aparecían de pronto en las lindes de los

¿Eran xiongnu los hunos?

Los estudiosos e historiadores no acaban de ponerse de acuerdo respecto a la relación entre los xiongnu y los hunos. Parece que el primero en relacionarlos fue el historiador francés de Guignes, en el siglo XVIII, pero todavía sigue siendo motivo de controversia. Varios autores de la *Wikipedia* señalan que las pruebas de ADN de restos de hunos no han sido decisivas a la hora de determinar el origen de este pueblo, pero que, atendiendo a la escritura y a la pronunciación del carácter chino que se ha transliterado como xiong, se podría deducir que o bien los hunos fueron descendientes de los xiongnu occidentales que emigraron hacia el oeste, o bien tomaron prestado el nombre de los xiongnu occidentales, o los xiongnu formaron parte de la confederación huna.

Para otros autores, como Karen Farrington, los hunos descienden de las tribus nómadas que los xiongnu, de habla turca, llevaron de las estepas a Occidente. No hubo una sola tribu de hunos, sino dos. Los hunos negros, los de Atila, y los hunos blancos, que se dirigieron más a Persia y a la India.

cultivos para capturar hombres, ganados y riquezas. Si los perseguían, huían acribillando a sus seguidores con nubes de flechas y cortaban la cabeza de los enemigos muertos para convertirlas en trofeos. Su cultura nos dejó cinturones, hebillas y arneses de los caballos, así como tallas de bronce con formas estilizadas de animales, caballos, corzos, osos y tigres, enredados en furiosos combates. Su arte muestra la geometría elemental propia de las estepas.

Este tapiz asiático representa el tratado de amistad establecido entre el emperador Wen y los xiongnu en el siglo II a. C.

Ellos fueron quienes condujeron a las tribus de las estepas hacia Occidente y de ellos descenderían, más tarde y muy probablemente, los hunos.

Los pueblos en movimiento

La causa de las migraciones de los pueblos que formaron Europa ha sido con frecuencia objeto de debate, dado que no hay fuentes escritas, porque sus gentes conocieron solamente la escritura al entrar en contacto con los romanos. Sin duda llegaron a Europa atraídos por las riquezas de Roma o empujados por oleadas de pueblos asiáticos.

Se pusieron en movimiento porque en muchas regiones del mundo bullían otros pueblos en agitación constante. Unos empujaron a los otros, que se agitaron a su vez empujando a los siguientes. Así, la

agitación, el movimiento y la expansión poblaron Occidente de pueblos orientales, llegados desde los confines del mundo hasta invadir y devorar el Imperio romano.

Las primeras migraciones hacia Occidente partieron de Asia Central. Eran tribus de pastores que buscaban algo mejor que los pastizales arrasados por sus ganados y unos cambios climáticos extremos. Por ello, emprendieron un día la marcha con sus rebaños y sus tiendas de fieltro, camino de las cuencas de los ríos siberianos, Obi, Yeniséi e Irtix. Eran los turcos. En el siglo V estaban ya estableciendo relaciones diplomáticas con Bizancio, acomodados (de momento) al norte de Persia. En el siglo XVI, habían llegado hasta Viena y creado el Imperio otomano, pero antes se encargaron de acabar con el Imperio romano de Oriente. Hoy llamamos Turquía a Asia Menor y llamamos Estambul a lo que antes fue Constantinopla.

Otros pueblos procedentes de Manchuria y Mongolia llegaron al sur del lago Baikal, dispersando a cuantos encontraban en su camino. Eran los ávaros. En su migración, empujaron hacia el oeste a grandes tribus de pastores que cuidaban sus rebaños en Siberia y que, espoleados y atacados, se convirtieron en feroces guerreros tan amenazadores que Europa tembló ante ellos. Eran los hunos. En el siglo V estaban ya junto al Danubio.

Pero los hunos y los ávaros no tenían el camino libre hacia Occidente, sino que tropezaron con otros pueblos indoeuropeos acampados en el Cáucaso no en tiendas, sino en carros colocados en forma de círculo, que bebían leche agria y se tocaban con cascos de forma cónica. Eran los alanos.

Otros pueblos descendieron desde las heladas rocas del norte para asentarse en el bajo Danubio. No eran nómadas, sino agricultores, pero se vieron empujados en el siglo IV por los pueblos que se agita-

ban en Oriente y que los obligaron a viajar hacia Occidente. Eran los godos. No eran viajeros que vivieran en campamentos, sino aldeanos acostumbrados a vivir de forma ordenada. Por eso, lo que querían no era conquistar ni invadir, sino dejarse absorber por Roma y formar parte del Imperio.

Antes que ellos lo habían hecho los celtas, que habían pasado de la Galia a las islas Británicas y, en el siglo VI se habían instalado en la península Ibérica. Antes habían fundado ciudades en el norte de Italia y habían terminado con el Imperio etrusco.

Otros pueblos celtas se abatieron sobre Europa, huyendo de los agitadores de Oriente. Eran los belgas. Los germanos los empujaron hasta el otro lado del Rin. Otros se instalaron junto al Mosela y el Escalda y otros partieron para Inglaterra.

Después llegaron otros germanos. Llegaron en oleadas, enfrentándose a Roma que los venció en el siglo II. Tras ellos, llegaron los eslavos que quedaron contenidos al otro lado del limes romano. Del limes y de las legiones. Poco a poco, algunas tribus germanas se incorporaron al Imperio romano luchando en sus filas como mercenarios.

Más al norte, los hunos empujaron también a los suevos, los vándalos y los alanos quienes, a su vez, empujaron a los alamanes y rodearon a los francos que por entonces ocupaban el norte de Galia. Los suevos llegaron a Hispania, los vándalos al norte de África y los alanos se diseminaron por el Imperio. Los visigodos fundaron un reino en Hispania. Los burgundios llegaron al Imperio detrás de los alanos, asentándose en la orilla del Rin y llegando a constituir un estado que se extendió hasta el Mediterráneo: Borgoña.

En el siglo IX vendrían de Escandinavia nuevas tribus germanas a hostigar a los pueblos asentados: los vikingos. Antes que ellos, los pueblos árabes

Galería de vistas de la Roma antigua, de Giovani Paolo Panini (siglos XVII-XVIII), Museo del Louvre, París.

harían también su aparición en Europa. Los árabes quedarían confinados por algún tiempo en Hispania y los vikingos, llamados normandos por proceder del norte, llegarían un día a integrarse en el Imperio romano, asentándose en la franja francesa que se llamó Normandía.

Y Oriente se arrojó sobre Occidente

En Asia, parece como si la estepa pudiera generar nuevas fuerzas bárbaras que resurgieran constantemente dispuestas a asaltar imperios. Los territorios que ocupaban en las estepas eran inmensos, porque necesitaban mucho terreno para sus ganados trashumantes, pero cuando mejoró su nivel de vida, además

Las inmensas extensiones de Asia Central fueron el origen de las tribus nómadas salvajes que se abalanzaron sobre Occidente durante más de mil años.
Imagen del desierto de Gobi.

de la rapiña para conseguir lo que necesitaban, tuvieron necesidad de conseguir mano de obra, lo que les llevó, como a tantos otros pueblos, a guerrear para capturar esclavos entre los enemigos dominados.

Los textos chinos citan multitudes hambrientas, nubes de jinetes que caían sobre ellos como langostas y desaparecían en un torbellino de flechas. No eran tribus, sino confederaciones de bárbaros que se aliaban para aumentar su fuerza, atacar y distribuirse el botín.

Y ya en el siglo II, el inmenso territorio que se extiende desde el Amur, el río que hoy forma frontera natural entre Rusia y China, hasta los Cárpatos, estuvo bajo dominio de tribus nómadas. En la estepa occidental, los sármatas y más tarde los godos se dedicaban al pillaje de las ciudades griegas de la Póntide, mientras que entre las actuales Austria y Rumanía eran los vándalos quienes desempeñaban el papel de predadores.

Pero en el siglo IV entró en escena un nuevo grupo de nómadas turco-mongoles que llegó a romper el equilibrio de asedios y pillajes de los otros pueblos germanos. Avanzaban en tropel y llevaban a los hunos a retaguardia.

Los hunos se desplazaban con la rapidez del rayo y combatían con arco. Eran un pueblo nómada de rasgos muy acusados y costumbres muy originales. Se rapaban el cabello, deformaban el cráneo de los niños, mataban a los ancianos e incineraban a los muertos. Para los latinos del Imperio romano, los hunos eran peores que los bárbaros y eso que muchos romanos del siglo IV, como señala Amiano Marcelino, consideraban a los bárbaros seres irracionales, como muchos occidentales consideraron irracionales a los negros y a los indios entre los siglos XVII y XIX.

En el año 375, galopando a lomos de aquellos pequeños y rápidos caballos que habían domesticado siglos atrás, atravesaron las llanuras de Ucrania[2] y derrotaron a Hermanarico, el rey elegido por los godos, el cual, incapaz de asumir su debilidad ante enemigos tan feroces, se dio muerte. Eso es lo que cuenta, al menos, Amiano Marcelino, aunque después veremos que no fue así. Lo cierto es que, en poco tiempo, los bárbaros de las estepas habían dominado desde el mar Negro hasta los Alpes orientales.

Durante un milenio, Oriente se arrojó sobre Occidente, porque detrás de los hunos llegaron los ávaros, después los turcos, los búlgaros, los kazarios, los húngaros. Siglos después, cuando todavía la Europa cristiana se enfrentaba al Islam, Oriente volvió a la carga con una nueva invasión: la de los mongoles.

Historia y leyenda

Como sucede con todos los mitos antiguos, es preciso investigar para separar la realidad de la leyenda, algo que no siempre resulta factible. En el caso de los hunos en general y de Atila en particular, hay que tener en cuenta que, como hemos dicho, la mayoría de los conocimientos que de ellos tenemos nos han llegado sesgados en los escritos de enemigos o víctimas, como los textos de cronistas e historiadores romanos o germanos.

Hay aspectos de su civilización y de su historia que resultan bastante claros. Se ha dicho de ellos que tenían una masa carnosa en lugar de rostro y agujeros en lugar de ojos. Sin embargo, los antropólogos

[2] Las excavaciones arqueológicas han demostrado que los hunos ocuparon Kiev, capital de Ucrania.

de Rumanía y Hungría han sido capaces de reconstruir un rostro huno a partir de uno de los muchos cráneos que se han encontrado en tumbas situadas en la antigua Panonia, donde residieron muchos años y que hoy es parte de Rumanía y parte de Hungría.

Se ha dicho también que comían carne humana cuando, en realidad, envolvían pedazos de carne cruda en un tejido que colocaban entre su cuerpo y la silla de su caballo, dejándola macerar hasta que resultaba comestible. Como comían sin descabalgar, las gentes los veían arrancar trozos de carne rojiza a dentelladas, seguramente con expresión más que feroz, lo que les hizo suponer que comían la carne de las víctimas que acababan de matar.

Hay quien asegura que no conocían el fuego, cuando no solamente atacaban, robaban y saqueaban, sino que incendiaban casas, carros y campos. Todas las guerras medievales se llevaron a cabo a sangre y fuego. No se concebía otra manera de combatir. La fama de exacerbado furor y crueldad de los hunos debía ser, como fue posteriormente la de los mongoles, el arma intangible que utilizaban para someter a sus enemigos mediante el terror y la sorpresa. Atila, el azote de Dios, aquel cuyo caballo dejaba yerma la tierra que pisaba, fue equitativo con su pueblo y temible con los extraños. El reguero de terror que dejaba era un arma de uso político que servía para doblegar poblaciones con solo su nombre. Pero frente a su pueblo fue juez justo de costumbres parcas.

Se ha dicho también que Atila nunca consintió en dormir bajo techo, sino que se alojó siempre en tiendas y que su lecho consistía en un montón de pieles. Sin embargo, Prisco, el embajador romano, cuenta que le recibió en su palacio y que le ofreció la comida en vajilla de plata. Un palacio que, por cierto, se está reconstruyendo en Hungría siguiendo las

indicaciones de Prisco. Un palacio con baños romanos rodeado de empalizadas.

Se cuenta que los hunos confeccionaban sus trajes con pieles de rata, después de comerse al animal, y que vestían continuamente su traje hasta que las pieles se fragmentaban y se deshacían, lo cual producía un hedor insoportable que se sumaba al de la piel del guerrero, nada acostumbrado al baño. Pero Prisco dice en su crónica que Atila era austero, que vestía con sencillez en medio del lujo de su gente, que no llevaba joya alguna y que solamente alardeaba de limpieza.

Atila no fue una bestia ni un salvaje zafio e iletrado. Se educó en Roma como futuro patricio, hablaba cinco idiomas y tenía cultura romana. Los idiomas, por cierto, no los aprendió en Roma, sino de los rehenes que los hunos tomaban en batallas y escaramuzas. De ellos parece que aprendió latín, griego y gótico. No solamente hablado, sino escrito, como pudo comprobar Prisco.

Su secretario fue Orestes, poeta romano padre de Rómulo Augusto, el último emperador romano. También tuvo como secretario a Constancio, ciudadano romano que le envió el propio Flavio Aecio. Su corte fue brillante. Acogió en ella al embajador de Roma y envió legados a varias ciudades. Se volvió a Occidente cuando Oriente le cerró sus puertas. Y, de igual modo que Alarico, se revolvió contra Roma cuando Roma le negó su reconocimiento.

Claudiano dice que los hunos no solo mataban a sus padres, sino que también hacían juramentos sobre sus cuerpos. San Jerónimo les llama lobos y bestias salvajes. Zacarías de Mitilene escribió que algunos de los hunos se refieren a sí mismos como «bárbaros, que, como bestias salvajes, rechazan a Dios». Jordanes asegura que son una raza «casi de hombres» y Procopio afirma que solo los hunos

No todos los retratos de Atila han pintado un salvaje. Algunos representan un rey con cetro y corona, como esta ilustración del siglo XIV de la *Crónica Ilustrada Húngara*.

heftalíes (los hunos blancos) no viven la vida de animales. Sin embargo, parece que los únicos escritores antiguos que vivieron con certeza algún tiempo entre los hunos, visitándolos con misiones diplomáticas, fueron Prisco y Olimpiodoro. Por tanto, los otros autores no los conocieron y muchos de ellos probablemente ni siquiera llegaron a verlos. Pero las leyendas se forjan y permanecen en el inconsciente colectivo y así nos ha llegado la idea de que los hunos eran capaces de las mayores atrocidades, cuando es muy posible que lo único que hicieran los autores antiguos fuese describir el miedo y el horror que los hombres civilizados sentían hacia los bárbaros. Prueba de ello son las descripciones totalmente opuestas de Prisco, que vivió tres años en la corte de Atila y que nos dejó relatos llenos de admiración.

En cuanto a atrocidades, eran tan cotidianas en el mundo antiguo que lo más probable es que todos las cometieran por igual. Se dice, por ejemplo, que Atila asesinó a su hermano para hacerse con el poder. Constantino el Grande asesinó a su hijo y a su esposa por motivos domésticos y también a Maximino, a su cuñado Licinio y a su sobrino, que se interponían entre él y el poder absoluto de Roma. El asesinato para llegar al poder fue lo habitual durante siglos.